

Francis Bacon, *Nueva Atlántida*, 2017, México, Fondo de Cultura Económica, tr. de Margarita V. de Robles, 92 pp.

RECEPCIÓN: 19 de abril de 2017.

APROBACIÓN: 05 de octubre de 2017.

156

El Fondo de Cultura Económica ha iniciado una nueva serie de volúmenes de bolsillo, que trata sobre los diversos acercamientos literarios y filosóficos al concepto de utopía. Por eso mismo, la colección se llama “Serie Utopías”. Los primeros títulos son, entre otros, *La imaginaria Ciudad del Sol*, de Tommaso Campanella, *Cristianópolis*, de Johann Valentín Andreä, *El nuevo mundo amoroso*, de Charles Fourier, *El talón de hierro*, de Jack London, *El castillo*, de Franz Kafka y un título tan curioso como interesante: *Eufonía o la ciudad musical*, del compositor romántico francés Héctor Berlioz. Todos están unidos por el concepto de utopía, que, recuérdese, es un término de origen griego que se compone de los lexemas *eu-*, “hermoso, feliz”, y *tópos*, “lugar, sitio”. Podemos interpretar la utopía como un lugar perfecto donde los máximos deseos de una sociedad perfecta se cumplen. Por otro lado, la vocal *u-* podría ser también a una contracción del adverbio de negación del griego clásico *ou*, que significa “no”. De este modo, utopía sería el “no lugar”, un lugar inexistente que por su perfección no puede tener espacio en una sociedad de hombres, tan corrompida y envenenada como la nuestra.

Tanto si fuera el “no lugar”, como si se volviera “el perfecto lugar”, el concepto de utopía ha fascinado tanto a filósofos como a literatos desde las civilizaciones más antiguas. No deja de ser utópica la sociedad política de Platón, que es uno de los excelsos iniciadores de una sociedad de este calibre. El libro que se reseña aquí es *Nueva Atlántida*, de Francis Bacon, que en la edición del Fondo de Cultura Económica viene prologada por José Antonio Aguilar Rivera, con un epílogo de Gonzalo Lizardo y con las imágenes de Mauricio Gómez Morín. La obra de Bacon, como dice el prologuista, muestra varias

características que la distinguen de las utopías más convencionales, como la de Tomás Moro o la de Campanella. Pasamos a enumerarlas:

- Frente a la visión de la utopía clásica, que se centra en la recuperación de un pasado olvidado, caracterizado por su felicidad y virtud, la utopía de Bacon no expresa nostalgia ni melancolía por un tiempo perdido. Más bien, al revés, el presente es el momento en que podemos trabajar y esforzarnos por cambiar la sociedad y transformarla en ese lugar perfecto y deseado.
- Posee un carácter utilitario, con el cual el optimismo científico es la base fundamental de esta sociedad. Precisamente ese exceso de optimismo lleva a los críticos de Bacon a considerar que su obra peca de simple e ingenua. Bacon sabía perfectamente de los peligros de la ciencia y del conocimiento, pero aun así apuesta por ellos para organizar una sociedad mejor.
- Por último, la utopía de Bacon no es pagana como un gran número de utopías literarias, sino que es un sociedad profundamente cristianizada, que abraza el concepto de “la familia cristiana”. Este rasgo de la obra resulta muy relevante, en cuanto a que se puede apreciar lo unida que está la religión a la “nueva ciencia” del siglo XVII, para los filósofos y científicos anglosajones.

Nueva Atlántida comienza con el viaje del protagonista, del que no se dice su nombre (este anonimato muestra que a cualquiera le puede pasar) de Perú al mar del Sur. Después de varios días de fatigoso viaje y extenuantes jornadas porque no encuentran tierra, la tripulación cree que va a perecer cuando avistan un lugar del que no se tenía conocimiento en ningún mapa. Después de tímidos recelos, los habitantes de ese “no lugar” acogen a los tripulantes, muchos de ellos gravemente enfermos. Los habitantes de la Nueva Atlántida los instalan en la Residencia de Extranjeros: un lugar planificado exclusivamente para sus pocos visitantes, y los cuidan hasta que sanan. En el tiempo que toma la atención de los enfermos, el narrador aprovecha para enterarse de esa sociedad fascinante y desconocida que se concentra en torno a la Casa de Salomón, un centro de cultura fundado por el propio Rey Saloma, que “hará unos mil novecientos años reinaba en esta isla” y “cuya memoria entre la de todos los otros adoramos, no supersticiosamente, sino como a un instrumento divino aunque hombre mortal” (p. 45). Se trataba del legendario legislador de la isla con “un corazón de incomparable bondad”, y que “se entregó en cuerpo y alma a la tarea de hacer feliz a su pueblo y reino”. La Casa de Salomón se fundó en honor a este Rey Saloma, que modificó su nombre para que coincidiera con el mítico Salomón de las Sagradas Escrituras. Por eso, con un rey legendario pero histórico, esta Nueva Atlántida se distingue de la anterior, cuyo fundador

RESEÑAS

se retrotrae a un dios mítico, ya que “los descendientes de Neptuno se habían instalado allí”. La fundación tanto de la Atlántida platónica como de la baconiana está marcada por cierto evemerismo, pues unos dioses (“Saloma, instrumento divino”) se habían olvidado de que eran mortales, o incluso por un sutil “antievemerismo”, en el que unos mortales (“los descendientes de Neptuno”) se olvidaron que procedían de dioses.

Hay una íntima relación entre la religiosidad de la Nueva Atlántida y un tipo de religiosidad cristiana intimista y pura que tiene como centro fundamental el matrimonio y rechaza profundamente la concupiscencia y el libertinaje de meretrices, y una “vida libertina e impura” fuera de la sagrada unión matrimonial. Más allá de su ambiente tan moral y religioso, la Casa de Salomón se dedica a explorar y ampliar el conocimiento del mundo natural: biología, gastronomía, farmacia y, sobre todo, las artes mecánicas, entre las que Bacon destaca la importancia de útiles artilugios de la óptica o la audiometría, entre diversos ámbitos, o de cierta industrialización en la forma de fábricas, talleres, instrumentos o máquinas, para diversos fines, como para los perfumes, la guerra o la navegación.

Además de la importancia de la tecnología, la Casa de Salomón no descuida las ciencias abstractas en sus casas matemáticas o en los teatros de magia, donde se contrastan el mundo de la ilusión con la realidad nítida de la naturaleza que se ha de reforzar y resaltar.

158

Por último, la Nueva Atlántica, frente a la república platónica, presenta una sociedad en la que los productores adquieren un mayor grado de especialización: “hombres del misterio, que coleccionan los experimentos de todas las artes mecánicas, de las ciencias liberales y también de las prácticas no incluidas en las artes” (p. 76), entre los que destacan los “intérpretes de la natura” que añaden y amplían experimentos con otros de “más altas observaciones, axiomas y aforismos” (p. 77).

Esta sociedad bienhechora, que admite al extranjero y que se dedica a la observación y la experimentación, se encuentra profundamente unida a Dios y todo lo hace en alabanza de Cristo y del Padre Celestial. La ciencia inglesa surge y se conforma muy unida al puritanismo religioso en ese siglo XVI y en el siguiente, con científicos como Newton o Boyle.

Esta edición de *Nueva Atlántida* termina con un epílogo de Gonzalo Lizardo, que le da un cierto carácter de narración fantástica y futurista sobre un Bacon asesinado por culpa de su escrito y su defensa directa del materialismo, hecho

que, aunque fascinante, no es verdad: Bacon murió de una neumonía “cuando estudiaba los procesos de congelación para la preservación de la carne” (p. 89).

Nueva Atlántida de Bacon es una pequeña obra que merece ser leída, y más en esta edición del Fondo de Cultura Económica, manejable, con una buena traducción y con un prólogo muy valioso. Es una obra significativa para entender el inicio del método científico y la influencia que ejerció en él la religiosidad. Es amena, entretenida, clara y sencilla, como al propio Bacon le gustaba escribir, en aras del método científico que él mismo defendía, centrado en los principios de claridad y transparencia.

JAVIER ESPINO MARTÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM